

GRACIAN ENTRE LA CORTE Y CATALUÑA EN ARMAS (*)

(1640-1646)

Según los extractos de las cartas de Gracián a Lastanosa —hoy perdidas— hechos por el bibliógrafo aragonés don Félix de Latasa (1), Gracián estuvo por primera vez en Madrid en la primavera de 1640. El 14 de abril cuenta ya a don Vincencio su visita al palacio del Buen Retiro y a varias casas de religiosos, y el 28 le comunica confidencialmente sus primeras reacciones hostiles ante el mundo cortesano: las descortesías de los criados de los grandes, que le ahuyentan de visitarlos, y la añoranza del «estudio» de Lastanosa; en Madrid, «todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vana, que les parece no hay hombres ni mundo sino ellos. Yo soy poco humilde y zalamero, y así los dejo estar» —visión, en miniatura, de aquella corte hispida y descarnada que descubrirán, unos años más tarde, Critilo, para su bien, y Andreño, para su mal.

Ni las alhajas del estoico don Juan de Espina, ni los palacios

(*) Publicamos aquí en forma de artículo, omitiendo las referencias y las fuentes secundarias, el cap. VIII de una obra en preparación: *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, que aparecerá como introducción al primer tomo de las *Obras completas* de Gracián en la continuación de la *Biblioteca de autores españoles*. Para esa nueva edición de los escritos gracianos y para algunos capítulos de la biografía inicial, previamente solicitada por la Institución Fernando el Católico de Zaragoza, contamos con la colaboración del filólogo aragonés padre Ceferino Peralta, S. I. En el presente artículo utilizamos, estructurándolos y completándolos con otras fuentes, los estudios y documentos reunidos en nuestro reciente volumen *Gracián y el barroco*, tomo 70 de la colección *Storia e letteratura* (Roma, 1958), al que nos remitimos para las fuentes no especificadas en este artículo.

(1) A. COSTER: *Baltasar Gracián. 1601-1658*. (París, 1913), ap. I, números I-III.

de los duques de Veragua y de Feria, ni la alegría que le causó el ver en un estante de palacio un ejemplar de *El Héroe*, ni el constatar que era leído en la corte y que tenía buen acogimiento, según comunicaba gozosamente a su mecenas oscense el 19 de mayo, le hicieron olvidar que, si bien allá concurría «todo lo bueno en eminencias» —como dirá en *El Crítico*— llegaba otro tanto malo, causándole asco «no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones». Eminencias e inmundicias hacían de Madrid madre y madrastra a un tiempo, sede de «los encantos de Falsirena». Esto, en 1651. Pasaron los años en la vida de aquellos dos fantasmas tan reales, Critilo y Andrenio, y aún quedaba el recuerdo de que «todo lo lucido» iba «a parar a la corte», mientras su populacho era sucio, sin haber podido perder los resabios de villa. Y todavía en el reino de Vejecia «las cortes... son escuelas de toda discreta gentileza»; pero «¿cómo puede llamarse corte donde no se miente ni se finge, donde no hay mentidero, donde no corren cada día cien mentiras como el puño?» (2). Visión, al fin, de un provinciano eminente, hecha de resentimiento y de penetración.

De ese primer viaje de Gracián a Madrid no tenemos más testimonios que aquellos tres extractos de Latassa; la alusión, en el segundo, a la aparición del Floriante con «sucesos del año 39, bravas lisonjas», nos confirma que el transcriptor no equivocó la fecha.

Probablemente a Gracián le llegaron estando ya en Pamplona las primeras alarmantes noticias de la sublevación de Cataluña, suceso que condicionará gran parte de su vida en los años subsiguientes. El 7 de julio, día del *Corpus*, de aquel mismo año 1640, que se había inaugurado con la capitulación del castillo de Salces ocupado por los franceses (6 de enero), los segadores —amotinados por la permanencia y las tropelías del ejército real en Cataluña, aun después de restablecida la paz en el Rosellón— irrumpían por segunda vez en Barcelona al grito de «Visca la santa fe catòlica, visca lo rei, muira lo mal govern!», mataban a los oficiales que se habían mostrado conniventes con aquella violación de las constituciones, y asesinaban al mismo virrey don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma.

Las autoridades locales de Barcelona —Diputación del princi-

(2) *El Crítico*, I, crisis 8, 10-12; II, 3 y 5; III, 3 y 4.

pado y Consejo de la ciudad— no fueron conniventes con los amotinados: pusieron a precio la cabeza del asesino del virrey, aunque inútilmente. Si el conde-duque no planeara de antiguo el provocar disturbios en Cataluña para afrancesar a España, reduciendo una monarquía imperial al nivel de una monarquía unitaria, la fidelidad de Cataluña durante toda la campaña del Rosellón (3), y el sentido de responsabilidad de sus autoridades representativas al estallar la sedición de Barcelona, hubieran aconsejado dar oídos, tal vez con ciertas limitaciones, a la petición de los catalanes: retirar las tropas no catalanas y encomendar a Cataluña la defensa de su frontera con Francia. Pero fueron desoídos. El consejo de Aragón, con su presidente el cardenal don Gaspar de Borja, aconsejó al rey lo que le aconsejaba el valido: no pactar la paz, sino preparar la guerra, haciendo caso omiso del parecer contrario del conde de Oñate.

Para entonces Gracián habría salido ya de Madrid, adonde fué probablemente acompañando como confesor al duque de Nocera, virrey de Navarra.

No sabemos cómo comenzó la amistad de Gracián con el duque-virrey don Francisco María Carafa y Gonzaga, militar napolitano al servicio de España, a quien muy pronto dedicará *El Político*, publicado aquel mismo año 1640 en Zaragoza. Su fama como escritor conceptuoso y agudo —pues la identificación del padre Baltasar Gracián con el «Lorenzo Gracián, infanzón», autor de *El Héroe*, era ya un secreto a voces— y sus relaciones con eruditos de Zaragoza amigos de Lastanosa, como Juan Francisco Andrés de Uztarroz y Francisco Ximénez de Urrea, le hubieron de abrir bien pronto camino en el nuevo ambiente de la capital de Aragón.

Aquella estancia de Gracián en Navarra duraría sólo hasta fines de septiembre o principios de octubre. Sus experiencias de ese breve período, y el contacto precedente y subsiguiente con algunos jesuitas navarros pertenecientes a su provincia de Aragón, deben de ser el origen de aquella desestima constante en que tuvo siempre a los navarros, desestima sólo inferior a su virulenta pasión anti-

(3) Para los hechos históricos que son el marco de este trabajo, vid. sobre todo J. SANABRE: *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa (1640-1659)*. (Barcelona, 1956.)

valencia (4): para él, Pamplona tiene «más de corta que de corte, y, como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra»; y presentará como monstruos «hombres más cortos que los mismos navarros, corpulentos, sin sustancia».

En diciembre volvemos a hallar a Gracián en Zaragoza, asistiendo al duque de Nocera, enfermo. Desde el 8 de octubre era éste, de nuevo, virrey de Aragón, por haber sido nombrado lugarteniente de Cataluña don Pedro Fajardo, marqués de los Vélez, antes virrey de Aragón y capitán general del ejército, con centro de operaciones en Zaragoza.

Ante los preparativos bélicos de la corte y su renuncia a pactar un acuerdo con la Diputación de Cataluña que respetase las constituciones y las leyes del principado, los catalanes se creyeron desligados de la sumisión al rey Felipe IV, que era Felipe III en todos los estados de la corona aragonesa. El jefe de la resistencia política fué el canónigo de Urgel y diputado por el brazo eclesiástico, Pau Clarís. Al principio se confiaba en la simpatía con que los aragoneses miraban los esfuerzos de los catalanes por conservar su propia constitución política, paccionada con la monarquía —que de eso se trataba, y no de defensa puntillosa de fueros y privilegios—. Pero la fidelidad de Aragón a su rey, y el establecimiento del ejército de Fajardo en Aragón, hicieron ver a Cataluña que sólo podía esperar ayuda de Francia. Richelieu la prometió, con la condición de que Cataluña no pactase la paz con el rey de España sin intervención de Francia.

No conocemos la reacción inmediata de Gracián ante todos esos sucesos. Su posición, en los años subsiguientes, fué auténticamente aragonesa: adhesión al monarca en ese aprieto, lamentaciones por la rebelión de Cataluña contra el rey católico y por su alianza con Francia, pero, al mismo tiempo, silencio sobre las causas y motivos del alzamiento: silencio que involucraba una desaprobación de la política del conde-duque contra la constitución federativa de la corona aragonesa dentro de sus propias fronteras y en su unión con Castilla, obra de su admirado Fernando el Católico.

Precisamente *El Político* acababa de aparecer en Zaragoza a fines de 1640. El primer documento que sobre ello tenemos es del 18 de diciembre, cuando el cartujo fray Miguel de Dicastillo, es-

(4) *El Criticón*, I, 4 y 10.

cribiendo a Andrés de Uztarroz desde Aula Dei (5) se lamentaba de «que las acciones y celos de Fernando las haya reducido el autor, siendo tan estudioso, a tanta concisión y cultura». La queja alcanza mayor sentido si se atiende a los graves momentos en que fué escrita, cuando la política de Olivares hacía tambalear toda la obra política del primer rey católico.

A fines de año, Gracián tendría ya por muy superado el juicio exultante que en la primera redacción de *El Héroe* y en *El Político* había formulado sobre el «archiministro» Olivares, con más ingenuidad que lisonja: «conde por acompañar al mayor monarca, duque por ir delante guiando a todos», «eminente en todo, ministro grande del monarca grande, verdaderamente gigante de cien brazos, de cien entendimientos, de cien prudencias». Del 6 de noviembre era una carta del virrey de Aragón, duque de Nocera, al rey, en que comparaba la ayuda que los catalanes solicitarían de los franceses, a la que el caballo pidió al hombre para echar al ciervo de su prado; al fin el caballo quedó ensillado y sujeto al hombre. Gracián hizo suya esta fábula, y la alegó en su *Agudeza* con tantos elogios para su autor, que bien mostraba los que le merecía la conseja del «virrey que fué y capitán general de Aragón y Navarra, plausible en entrambas naciones por sus grandes prendas de superior entendimiento». El aragonés conservó fiel amistad a aquel «grande amigo de sus amigos» y agudo conversador, que decía: «no me habéis de preguntar qué quiero comer, sino con quién». Muerto el 12 de julio de 1642 en la fortaleza de Pinto por el solo delito de haber visto y previsto la simpatía de los aragoneses por Cataluña y el peligro de una invasión francesa en toda España, Gracián vindicó emocionadamente su memoria en *El Discreto*, cual de un «tan grande héroe como patrón nuestro... a cuya gloriosa contextura de prendas y de hazañas bien pudo cortarla el hilo la suerte, pero no mancharla con el fatal licor de aquellos tiempos» (6).

El que, una vez comenzada la guerra contra Cataluña, se mantendrá valiente en el cerco de Tarragona, y será Padre de la Vic-

(5) R. DEL ARCO: *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, I. (Madrid, 1950), 194.

(6) Cf. *Agudeza*, 55; *El Criticón*, II, 3; *El Discreto*, 15. Vid. B. CROCE: *Personaggi della scuola italo-spagnuola. Il duca di Nocera Francesco Carafa e Baltasar Gracián*, en *La critica*, 35 (1937), 219-235; reproducido en *Aneddoti di varia letteratura*, II. (Nápoles, 1942), 18-37.

toria en Lérida, como buen aragonés hubiera preferido que la contienda no estallase: que eso significan los intencionados elogios del conde de Oñate, uno de los pocos que en la corte, madre y madrastra, se habían opuesto a la desatentada política del de Olivares, por motivos más bien militares que políticos. El único remedio que Quirón dió a Andrenio «fué que mirase siempre al mundo no como ni por donde le suelen mirar todos, sino por donde el buen entendedor conde de Oñate, esto es, al contrario de los demás, por la otra parte de lo que parece». Esta frase, en el primer *Criticón* (1651), antes de la sumisión de Barcelona (1652), era una finísima sátira política; al publicarse la tercera parte (1657), aureolado, además, el conde con sus triunfos políticos y militares en Nápoles, ya no Gracián, la fama misma proclamaba: «no hay testa como la de Oñate» (7).

Contemporáneamente, el prestigio del conde-duque, enemigo declarado del de Nocera, se fué desmoronando en el interior de Gracián con mucho mayor estrépito que el mito de Felipe IV: éste acaba en el silencio; aquél en la sátira cruel y despiadada: «uno... cayó de lo más alto de palacio, con tanta fruición de los demás como pena suya, que todos estaban aguardando cuándo caería»; «¡qué bravo chasco de la Fortuna!» Y en vísperas ya de la paz de los Pirineos, es un trágico desgarro aquel «vete a unos caprichosos políticos, amigos de peligrosas novedades, inventores de sutilezas mal fundadas, trastornándolo todo, no sólo no adquiriendo de nuevo ni conservando de viejo, pero perdiendo cuanto hay, dando al traste con un mundo, y aun con dos». En esta inquina contra el conde-duque —que comenzó, para honor de la inteligencia y de la honradez de Gracián lo digo, mucho antes de su caída, pues provenía al menos de noviembre de 1640— pudo influir, además de su condición de aragonés consciente y de su amistad con el duque de Nocera, la prevención de los jesuitas de Cataluña, y de algunos de Madrid, contra aquel Guzmán, valido de Felipe IV, que Gracián agudamente contrapone a aquel otro Guzmán el Bueno, «que fué en tiempo de Sancho el cuarto» (8), sin que todo ello le impidiera —político al fin, discreto y prudente— una interesada y circunstancial admiración por el sobrino don Luis de Haro, sucesor en la privanza, y una sincera amistad con

(7) *El Criticón*, I, 7; III, 12.

(8) *Ibid.*, I, 10; II, 6; III, 3 y 12.

un hombre tan devoto del conde-duque como el marqués de Leganés.

Entretanto el marqués de los Vélez había comenzado la guerra en Cataluña. Un cuerpo de ejército atacaría por el Ebro, al sur; otro, por los llanos de Urgel, iría a juntarse con el ejército real del Rosellón; el tercero, destinado a Barcelona, se reservaba para el rey en persona, que había convocado cortes en los tres estados de su corona de Aragón. Pero si don Luis de Monsuar pudo conquistar Tortosa, el cerco de Illa, en el Rosellón, provocó la entrada de Schomberg y Espenan, con la ayuda francesa pactada con Richelieu. Ni la mediación del nuncio del Papa, ni la de don Pedro de Aragón, segundogénito del difunto duque de Cardona, ni la de los aragoneses, tuvieron resultado alguno: Clarís, en virtud de las constituciones juradas por el rey, exigía el cese de la guerra en el Rosellón y la retirada del ejército real de toda Cataluña; Olivares insistía en retener dos fortalezas en Barcelona: la continuación de la guerra era inevitable, con las secuelas de atrocidades, infidelidades y venganzas de toda guerra civil. El reino de Aragón ya no podía seguir siendo el medianero entre el rey y la Diputación general de Cataluña, cuya defensa de las viejas constituciones avalaba, pero cuya rebelión y pactos con Francia reprobaba, sobre todo desde que el 23 de enero de 1641 —al año del triunfo mancomunado de Salces— Luis XIII había sido proclamado conde de Barcelona.

En estos momentos de angustia nacional, a mediados de 1641, incierta la suerte de las armas españolas tanto en Cataluña como en la guerra europea de los treinta años, Gracián vuelve a la corte como predicador. En un ambiente tan caldeado no nos admiran sus grandes triunfos. En septiembre, su amigo y paisano el padre Manuel Ortigas, en relación también con el grupo de Lastanosa, escribía desde Madrid al cronista de Aragón, Andrés de Uztarroz: «No ha pasado fiesta, no haya predicado; algunas, dos veces, y ayer debía tener, a más de la iglesia llena, fuera, más de cuatro mil personas» (9).

Este segundo viaje de Gracián a Madrid tuvo como segunda finalidad, además de la predicación, la edición del *Arte de ingenio*. Sus raíces remotas provienen en los años de Calatayud (1627-1630), cuando Gracián, apenas ordenado sacerdote, enseñó las le-

(9) COSTER, cap. III, nota.

tras humanas; y sus orígenes más próximos, del primer período de Huesca (1636-1639), cuando pudo hallar en la biblioteca lastanosiana muchos de los libros citados y comentados en su *Arte*. Pero también ésta fué ultimada en Zaragoza, a fines de febrero o principios de marzo de 1640, probablemente antes que *El Político*: su retraso en la publicación se debió a que éste salió sin censura de la Compañía, y aquélla fué la primera obra que Gracián sometió a la revisión previa de su orden.

Entre febrero y marzo tuvo que escribir al general padre Muzio Vitelleschi para que el 30 de abril éste contestase al provincial Pedro Fons, que conocía bien a Gracián desde el noviciado: «El padre Baltasar Gracián desea estampar un libro. Vuestra reverencia se le pida, y con secreto le entregue a tres revisores de satisfacción, y, remitida la censura, tomaré resolución.» Como esta respuesta no podía llegar a España hasta entrado el mes de junio, aun en el caso, muy improbable, que los tres revisores ultimasen sus censuras en dos meses, sólo para el mes de octubre se podía tener la respuesta del general con la licencia. Ello basta para creer con mucho fundamento que no se trataba de *El Político* —que a mediados de diciembre ya había llegado a la cartuja de Aula Dei, según vimos—, sino del *Arte de ingenio*.

No hemos dado en parte alguna ni con las censuras ni con la licencia del general. No hay por qué admirarse. En Roma sólo se nos han conservado las censuras de obras particularmente delicadas o que originaron serias dificultades por parte de los revisores; en el archivo del provincial de Aragón —hoy dividido entre el del reino de Valencia y el histórico nacional de Madrid— las censuras de libros sólo se conservaban en casos puramente casuales. Y, por lo que se refiere a la licencia del general, su correspondencia con los provinciales de Aragón presenta muchas lagunas a partir del año 1640. Probablemente las censuras fueron favorables y la licencia de Roma se obtuvo sin grave dificultad; de otra suerte, el padre Juan Bautista Dávila, de la Compañía, no le hubiera dado la elogiosa aprobación pública que consta al principio de la obra. No sabemos si el padre Fons eligió los censores en la misma provincia de Aragón o si, teniendo Gracián el proyecto de publicar esa obra en Madrid, delegó benévolamente en el provincial de Toledo la designación de los revisores en la misma corte, donde el estilo culto y crítico daba ya menos en ojos que en la provincia de Aragón; en este caso, el mismo padre Juan Bautista Dávila bien

pudo actuar como uno de los revisores de la Compañía antes de ser el censor oficial de la obra. Llevando esa aprobación la fecha de «Madrid y octubre 31 de 1641» podemos asegurar que Gracián mismo la agenció durante su permanencia en la corte, documentada en julio y en septiembre de aquel año; y si utilizó de nuevo el seudónimo de Lorenzo Gracián fué, sin duda, porque ya se había hecho célebre en la corte como autor de *El Héroe* y de *El Político*, aparecido en Zaragoza, en doble edición, el año anterior.

Un tercer intento, y no el último en importancia, tenía todavía este segundo viaje de Gracián a Madrid: el intervenir, como antiguo confesor y amigo, en la solución favorable del proceso incoado contra el duque de Nocera. A él parece aludir cuando el 27 de julio escribía a Andrés de Uztarroz en la única carta que conservamos de este viaje de 1641: «Aún no he podido hablar con don Tomás Tamayo, que la borrasca no ha dado lugar para cosas de gusto. Va ya amainando, gracias a Dios. Hase remitido el caso al cardenal Borja; todo es de las máquinas que se usan. Si a costa del duque se han de ganar los reinos, puédese dar por bien empleado el padecer» (10). Esta última frase es evidentemente sarcástica: alude a los diversivos que buscaba el conde-duque para paliar los fracasos de su política en Cataluña y en Portugal. No parece que la visita al cronista de Indias, don Tomás Tamayo de Vargas, para quien llevaría quizás una presentación del cronista de Aragón, Andrés de Uztarroz, estuviese relacionada con el asunto de Nocera; más bien se contrapone este tema, borrascoso y difícil, a la «cosa de gusto» que sería la visita a Tamayo —relacionado con Andrés y con los eruditos aragoneses—, que había de morir aquel año 1641.

Durante el mismo. Gracián seguía con igual interés la situación política y bélica de Europa que la de España: la difícil posición de Roma ante los levantamientos de Cataluña y de Portugal, el curso de la guerra en Francia, la derrota de Châtillon y la muerte del conde de Soissons, los matrimonios de las hijas del rey de Inglaterra, los desastres del conde de Monterrey —alabado luego por Gracián como «tan prudente y tan sagaz» (11)— en la frontera de Portugal, la extensión de la rebelión al lejano Brasil, la pérdida del oro de la India. En una escueta frase de la citada carta del 27 de julio

(10) *Ibid.*, ap. I, núm. IV.

(11) *El Crítico*n, I, 5.

de 1641, «ha salido un Aristarco famoso contra la *Proclamación católica*» de los catalanes, se recorta de nuevo la figura nostálgica del conde de Oñate.

Es muy posible que Gracián permaneciese en el colegio imperial de Madrid hasta el 11 de febrero de 1642, en que terminó la estampación del *Arte de ingenio*. Cuando la obrilla comenzó a ser difundida y elogiada en la corte —a 28 de junio Salazar Maldones ya escribía a Andrés: «El *Arte de ingenio* le tiene muy bueno» (12)— Gracián estaba de nuevo en su colegio de Zaragoza, donde comenzó una asidua correspondencia epistolar con los padres de Madrid, sumamente interesante para precisar la biografía y la mente de Gracián en aquellos difíciles momentos políticos para su reino de Aragón y para toda España: Vélez, tras su fracaso ante los muros de Barcelona, se había retirado a Tarragona, donde fué sustituido por el príncipe de Butera, don Fadrique Colonna, mientras Luis XIII enviaba a Barcelona, como representante suyo en Cataluña, al marqués de Argenson, y como generales del ejército a La Mothe y Condé; el 30 de diciembre de 1641 un apoderado del marqués de Brezé, virrey de Luis XIII, juraba el cargo en La Jonquera ante una delegación de la Diputación general; en febrero volvía a jurar el mismo Brezé en Barcelona, con «tales fiestas —se lamentaba Gracián— que no se han hecho jamás a ninguno de sus buenos reyes y autoridades» (13).

Esta fué la primera noticia que hubo de comunicar a los padres de Madrid desde Zaragoza, el 11 de marzo de 1642, junto con la llegada de religiosos expulsados de Cataluña por forasteros; una esperanza —que la experiencia habrá de declarar fallida muy en breve— apuntaba, con todo, en la llegada de don Pedro de Aragón a Tarragona y su marcha a través de Cataluña, para reunirse con el ejército real del Rosellón, cosa tanto más necesaria cuanto que se rumoreaba que el propio Luis XIII en persona había salido de Lión en dirección a Tolosa con el fin de entrar triunfalmente en Barcelona.

Tampoco ahora pudo permanecer Gracián largo tiempo seguido en Zaragoza: el 19 de mayo se hallaba en Valencia para asistir a la congregación provincial, la primera en la que hubo de tomar parte como profeso, pero no por su antigüedad, sino por no

(12) DEL ARCO, I, 38.

(13) COSTER, ap. I, núm. V.

haber podido asistir a ella los superiores y los padres más antiguos de los seis colegios que quedaban en la parte de Cataluña sometida a la autoridad del rey de Francia: los de Barcelona, Manresa, Lérida, Urgel, Gerona y Perpiñán. En aquella asamblea, en la que actuó como secretario el padre Pablo de Rajas, «el 24 de mayo, habiendo sabido la congregación, por la relación de muchas personas fidedignas, que el rey católico estaba algo ofendido contra la Compañía, porque se decía que algunos en Cataluña habían favorecido poco la causa del rey, con ocasión de las revoluciones intestinas; se preguntó a los padres si aprobarían el que en esta congregación se manifestase el común sentir de todos, y que en su nombre se pidiese a nuestro padre general que escribiese a las personas que pareciese convenir, a fin de que el mismo rey entendiese cuál era el sentir de toda la provincia en este asunto. La congregación juzgó, por voto unánime, sin excepción alguna, que se había de pedir al padre provincial que oportunamente diese a conocer o al rey mismo o a sus próximos ministros esta muestra de común afecto».

En este interesante párrafo de las actas conviene subrayar dos cosas. La primera, que la propuesta de interesar en el asunto a Vitelleschi fué desestimada: alguien haría ver a los más entusiasmados que el padre general no podría dar ningún paso que pudiese comprometerle cerca del rey de Francia. La segunda, que la unanimidad se consiguió aun con tomar parte en la congregación algunos pocos padres catalanes, aquellos a quienes la guerra cogió en algún colegio de Aragón o de Valencia. No podemos excluir que algunos diesen aquel voto como coaccionados moralmente por la exorbitante mayoría no catalana; pero tampoco podemos descartar que la mayor parte de los catalanes sintiesen lo mismo que los aragoneses y que el mismo Gracián: un descontento profundo de la política del conde-duque, y un descontento aún mayor de que aquélla hubiera conducido a la sustitución del rey de España por el de Francia como conde de Barcelona, Rosellón y Cerdeña.

Cierto que en Cataluña el malestar era tan general que los jesuitas que en ella quedaron no pudieron sustraerse al ambiente que los envolvía. Vitelleschi, como general que era de toda la Compañía, tanto de España como de Francia, no podía exhortarles a que se declarasen por Felipe IV contra Luis XIII: sólo les pedía que se dedicasen a sus ministerios de enseñar y predicar, sin mezclarse en asuntos de política y de guerra; y así se hizo, en general.

En Barcelona era mucho más difícil mantenerse al margen de la contienda, y de hecho algunos padres no pudieron dejar de intervenir en actos públicos de claro sentido francófilo. Pero todo ello requiere un estudio aparte: aquí interesa solamente para comprender con más exactitud histórica la posición de Gracián en Zaragoza y en Tarragona, sin duda más cercana a la mayor parte de los jesuitas catalanes de su época, que a la de ciertos exultantes biógrafos suyos de la nuestra.

Poco después de regresar a Zaragoza desde Valencia, Gracián reemprende su interesante correspondencia con los jesuitas de Madrid (14). Una triste noticia tenía que comentar ya: la caída del castillo de Monzón, que se creía inexpugnable, y, con ella, la amenaza directa de Zaragoza: «Statim ibi ibimus» —en seguida iremos allá—, decía un militar francés a los que huían. Y ante esa amenaza de los franceses, «la gente del marqués de Leganés dicen cada día viene, pero nunca llega». La caída en manos del conde de La Mothe del castillo en que había pasado su niñez don Jaime el Conquistador y en donde Carlos V había firmado en 1526 el tratado que le aseguraba la posesión de la Valtellina —tema de discusión para toda la generación española de 1635, y para Gracián con ella—, la caída de la ciudad en que por tantos siglos se habían reunido las cortes del reino y de toda la corona de Aragón, hace exclamar al aragonés y español en una pieza que era Gracián: «El nombrado Monzón, emporio de las cortes de Aragón, Valencia y Cataluña, oficina de tantas leyes y paces, en poder del enemigo. ¿Quién se lo dijera al rey don Jaime de Aragón o al rey católico don Fernando?»

Parecía que la tan anunciada jornada del rey a Aragón no podía demorarse más. Ya no era el momento de convocar cortes generales de toda la corona de Aragón, como se había anunciado en 1640; ni tampoco de que el mismo rey en persona se pusiese al frente del ejército central que desde Zaragoza tenía que penetrar hasta Barcelona: más expertos generales necesitaban ahora sus armas, con los franceses ya dentro del reino de Aragón. Pero al menos su presencia levantaría los ánimos de sus fieles aragoneses, que se habían hecho solidarios de las quejas de los catalanes, muy semejantes a las suyas propias, pero sin llegar nunca a la revolución.

El rey había salido ya de Madrid el 26 de abril, y con un via-

(14) *Ibid.*, núms. VI-VII.

je intencionadamente lento no llegó a Zaragoza hasta el 27 de julio. El 29 ya contaba Gracián a los del colegio imperial la triunfal entrada, «los aragoneses a voces gritando "Viva el rey nuestro Señor", que se hundía el mundo». Pero se tuvo buen cuidado —y Gracián lo subraya— que los alojamientos y la distribución de las guardias en la Aljafería hiriesen lo menos posible las constitucionadas paccionadas del reino —algo se había aprendido en dos años de guerra—. Casi a cada uno de los grandes que figuraban en el cortejo Gracián les aplica un epíteto: el capitán de la guardia aragonesa, don Alberto de Arañón, venía «muy galante»; el de Grajal, «muy galán y grave»; el de Veragua, «bizarrísimo y muy donoso»; también el conde de Oropesa «muy galán, fuera de los anteojos». Al conde-duque lo menciona sin epíteto alguno, como a otros de menor lustre. En fin, aunque las tropas españolas resisten en el castillo de Perpiñán el cerco del hambre, en Zaragoza los capitanes disputan si será mejor dirigir todo el ejército al Rosellón o destacar una parte para tomar a Lérida: «no hay sino misas y oraciones, que en esto nos va todo».

En adelante Gracián habrá de sentir la guerra mucho más cerca: en Tarragona, centro de operaciones del ejército de Felipe IV en Cataluña.

A pesar de las dificultades disciplinarias surgidas en Huesca, en el catálogo segundo —informativo— de 1639 se decía, por vez primera, que Gracián, dotado de prudencia normal y ordinaria —que eso significaba «mediocris»— era «apto para enseñar, para gobernar y para otros ministerios»; lo mismo diría, probablemente, el de 1642, hoy perdido. Fundado en ello y en su experiencia personal, el provincial de entonces, padre Domingo Langa, puso en él los ojos para superior de Tarragona. Debió formarse de él un buen concepto desde que lo contó entre sus discípulos de teología escolástica en Zaragoza, y lo conservaría el tiempo que lo tuvo de padre operario en el mismo colegio de la capital de Aragón, donde Langa era rector en 1642, inmediatamente antes de ser nombrado provincial. Además, las circunstancias excepcionales de Tarragona requerían también un superior de excepcionales cualidades para, por una parte, saber tratar con los altos jefes del ejército real residentes en aquella plaza, y, por otra, para convivir pacíficamente con «los naturales», pues aunque desde el principio de la guerra Felipe IV contó en Tarragona con muchos

partidarios, eran también muchos los que estaban profundamente resentidos por la política intransigente del de Olivares.

Pocos como Gracián eran capaces de llenar a satisfacción entranbos cometidos: sus triunfos en la corte demostraban su trato cortesano y prudente; su amistad íntima con el duque de Nocera, partidario declarado de la paz amistosa con Cataluña, y su propia condición de aragonés —en la buena amistad de los aragoneses los catalanes habían confiado mucho más que en la de mallorquines y valencianos— le habían de hacer bienquisto a los catalanes, entre los cuales había hallado tan grata acogida en otros tiempos, en sus dos años de noviciado en Tarragona mismo, y en los otros dos de su docencia de moral en Lérida.

Esa doble finalidad o intento del provincial padre Langa se ve confirmada por el gobierno general de la casa de Tarragona, iniciado ya por su predecesor padre Fons: en 1640 los estudiantes de letras humanas —«seminaristas»— se retiran al colegio de Urgel, más distanciado, entonces, de los campos de batalla; los novicios, de momento, se trasladan a la casa de un canónigo amigo, dentro de los muros de la ciudad —porque el colegio de la Compañía estaba extramuros—, y al año siguiente se embarcan rumbo a Valencia, para ser luego repartidos entre varios colegios, principalmente Calatayud y Huesca; el rector, padre Miguel Torbaví, catalán —del cual, por otra parte, había muchas quejas por la impericia de su gobierno— es sustituido por Gracián, aragonés; al mismo tiempo, los dos padres catalanes, Miguel Bafart y Rafael Subirats, son destinados a otros colegios, y se envía en su lugar a los padres Rafael Palmer, mallorquín, y Francisco Aguiar, valenciano, que podrían ejercitar los ministerios espirituales en lengua catalana. Gracián hubo de llegar a Tarragona entre el 29 de julio de 1642 —fecha de la carta últimamente citada, escrita desde Zaragoza— y el 26 de noviembre —día en que se encontraba ya en la capital romana de Cataluña, al parecer desde hacía algún tiempo.

Para entonces, Tarragona había sido ya muy castigada por la guerra. En 1640 Vélez y Torrecuso, tomada Tortosa por segunda vez, conquistaron el Coll de Balaguer, nudo de comunicaciones, y se encaminaron a Tarragona. La Diputación llamó en su ayuda a Espenan, que se hizo fuerte en la ciudad. Pero, inseguro de la actitud de sus ciudadanos, muchos de los cuales eran partidarios de Felipe IV, pactó con el marqués de los Vélez y le entregó la plaza el 24 de septiembre, sin que éste fuese infiel a lo

pactado, como lo había sido en Cambrils muy poco antes. Desde Tarragona, Vélez llegó a las puertas de la capital de Cataluña, que, lejos de capitular, nombró conde de Barcelona a Luis XIII (23 de enero de 1641). Fracasado en su intento, Fajardo se refugia en Tarragona y pide el retiro. En los cargos de virrey y capitán general de Cataluña le sucede, como vimos, don Fadrique Colonna, príncipe de Butera.

El conde de la Mothe, llegado a Barcelona el 20 de febrero, se dirige contra Tarragona, auxiliado por la armada naval del obispo de Burdeos, y la sitia por hambre, hasta que levanta el cerco el 20 de agosto. Mientras el ejército real se afianza en Perpiñán con los refuerzos del marqués de Mortara y de Torrecuso, Butera muere en Tarragona, y le sustituye el conde de Aguilar y marqués de Hinojosa que comenzó su gobierno con más moderación que el marqués de los Vélez, aunque no falte exageración en las frases laudatorias de Gracián sobre este su «segundo mecenas»: «Hacíase a todos, y así era amado de todos, que hasta los enemigos le aplaudieron vivo y le lloraron muerto» (15). Más aún, nunca quedó clara la parte que a sus puntillos de honor cupo en el desastre de don Pedro de Aragón, marqués de Povar, enviado por Aguilar al Rosellón y apresado por los franceses con todos los suyos. En abril capitulaba Colliure, y el 9 de septiembre de 1642 se rendía, para siempre, Perpiñán, no ya a los catalanes del principado, sino a Schomberg y a La Melleraye. La Mothe fracasa ante Tortosa, pero triunfa en Tamarite y en Monzón, como se vió. Entretanto los carmelitas de Tarragona intentan entregar la ciudad a las tropas francocatalanas, y son muertos en sus propias celdas. Muy poco después entra Gracián en Tarragona como vicerrector del colegio, mientras el ejército francés, siempre a sus puertas, no cesa de hostilizarla.

La carta anual del colegio de Tarragona correspondiente a 1642 —precioso autógrafo de Gracián— nos habla sobre todo de los ministerios espirituales tenidos por los jesuitas con el ejército real alojado en la ciudad. Los ministerios de cuaresma, que dieron como fruto el que muchos soldados dejasen sus amigas y restituyesen «muchas cosas de iglesias saqueadas», se tuvieron ciertamente antes de la llegada del nuevo vicerrector, que para aquel tiempo se hallaba aún en Zaragoza. Pero la asistencia espiritual y corporal en los hospitales hubo de durar todo el tiempo de la guerra.

(15) *El Discreto*, 16.

y es muy posible que fuese ya él quien organizase aquella campaña del 7 de septiembre, víspera de la natividad de la Virgen, para que al día siguiente confesasen y comulgasen todos: «y acudieron muchos, con grande edificación y provecho y necesidad de sus almas». El marqués de Torrecuso solía confesar y comulgar en la iglesia de la Compañía «todas las veces que había de salir a campaña». Gracián lo recordará amigablemente en *El Discreto* como «belicoso y afortunado» en Fuenterrabía (1638) y en el socorro de Perpiñán por el mar (1641); pero en el primer *Criticón* lo pondrá como ejemplo de aquellos a quienes un travieso mozo de la Fortuna repartía injustamente disfavores (16).

Parece que ya estaba Gracián en su puesto de vicerrector cuando en 1642 tocó en el puerto de Tarragona «la armada de su majestad católica, en que venía el señor príncipe de la Mar [don Juan José de Austria] con treinta y cuatro galeras y sesenta galeones, que salieron los más a confesarse y comulgar en nuestra casa, así de los señores florentines como españoles, dando ejemplo, de los primeros, el señor don Melchor de Borja, comulgando muy a menudo en nuestra iglesia y trayendo a muchos otros señores».

Aun sin estar todavía sitiada la ciudad, propiamente hablando, no faltaban nunca los rebatos, alarmas y escaramuzas, y así lo comunicaba Gracián a su amigo Lastanosa a 6 y 23 de marzo de 1643 (17). Pero ello no le impedía interesarse por algunas antigüedades y monedas que había recogido para el anticuario padre Jerónimo García, que ya conocemos. Alguna esperanza brilló para Gracián con la caída del conde-duque el 17 de enero del nuevo año 1643, y con la muerte de Luis XIII el 14 de mayo, a los cinco meses de la de Richelieu, ocurrida el mismo día 4 de diciembre de 1642 en que juraba en Barcelona como virrey el conde de la Mothe. En estas circunstancias —escribe a los jesuitas de Madrid— «importa mucho la vida del conde de Aguilar para los tratos en Barcelona, que sólo juró al de Francia por su vida... de manera que hoy hay puerta abierta para poderse ajustar honrosamente con su majestad. Dios lo encamine». Además, le esperanzaban los avances de don Felipe de Silva, próximo sucesor de Aguilar en el virreinato de Cataluña por Felipe IV, gotoso general portugués «de cuya gran

(16) *Ibid.*, 20; *El Criticón*, I, 11.

(17) COSTER, op. I, núms. VIII-XII. *Agudeza*, 28; cf. *Oráculo*, 201.

cabeza dijo el bravo mariscal de la Mota le daba más cuidado, que seguridad sus pies impedidos por la gota» (18).

A pesar de esas esperanzas y de las noticias contradictorias que llegaba de Barcelona y de Lérida, el 26 de julio se sabía bien que La Mothe estaba ya en Montblanc y que se dirigía a Tarragona: «Aquí no estamos sitiados, pero en vigilia». Y el 12 de septiembre, a pesar de que el mariscal francés había llegado ya a las puertas de la ciudad, se confiaba en el hambre que se dejaba sentir en su ejército y en toda Cataluña. Los ánimos estaban preparados para lo sobrenatural, aunque fuesen simples estrellas fugaces de verano: «La otra noche, estando todos los padres en la huerta de Tarragona, apareció como una estrella muy resplandeciente, con cuya luz vieron en tierra hasta las menudas yerbecitas...; después corrió hacia Barcelona; y ésta la vieron también los soldados de las trincheras. ¡Quiera Dios sea para bien!»

Al iniciarse aquel mismo mes de septiembre de 1643 el segundo cerco de Tarragona cesa la correspondencia de Gracián con sus amigos de Huesca y de Madrid, y con ello quedamos inciertos sobre los pormenores de su vida. Pero las frecuentes alusiones que hace en sus obras al valor de don Pablo de Parada en el gran asalto de Tarragona por La Mothe, que tuvo lugar durante el asedio del 22 de agosto-14 de septiembre de 1644, parecen indicar que él se hallaba también presente entonces en aquella ciudad, sobre todo cuando da pormenores topográficos tan precisos como los de la dedicatoria de la primera parte de *El Crítico* al mismo Parada: «Rechazó vuestra señoría al bravo mariscal de la Mota en los asaltos que dió a Tarragona por el puesto de San Francisco, que vuestra señoría con su tercio y su valor tan bizarramente defendió.»

En este supuesto —muy probable, pero no cierto—, él sería el superior que organizó la ayuda espiritua y corporal en favor de los soldados de las trincheras y de los hospitales, de que nos habla la carta anua de 1644, escrita ya por el superior siguiente, el mallorquín padre Pedro Antonio Cererols.

El 21 de diciembre de aquel año 1644 Gracián estaba ya en Valencia. El documento del padre Cererols parece indicarnos que el padre Baltasar había estado enfermo de alguna gravedad a principios de verano. Terminado el asedio, el provincial, padre Martín Pérez de Uñánoa, su antiguo rector durante los estudios teológi-

(18) *El Crítico*, II, 8; cf. III, 1.

cos en Zaragoza, lo llamaría a la casa profesa de Valencia para que se repusiese de sus enfermedades y descansase de sus trabajos como vicerrector. Este cargo era generalmente interino, y para él solía designar la persona el mismo provincial, mientras enviaba los informes a Roma solicitando la confirmación como rector. ¿Por qué no se hizo así con Gracián? Lo anormal de la situación en Tarragona y su falta de salud pudieron ayudar a ello, pero es muy probable que no agradase su actuación —poco prudente, pero discreta en extremo— en el asunto de la herencia de Onofre Morell, tanto más preciosa para toda la provincia de Aragón, por cuanto quedaba vinculada a una casa de interés vital, como era el noviciado, hasta entonces siempre en angustias económicas, que repercutían en todos los demás colegios.

Dicho ciudadano de Tarragona, como bienhechor de la casa de probación, había recibido del general, en 1637, carta de participación en los bienes espirituales de la Compañía, favor que inmediatamente se concedió a su esposa, Caterina Sabater. Onofre continuó interviniendo activamente en los asuntos económicos de los padres de Tarragona, y cuando murió, el 26 de noviembre de 1642, en plena guerra, fué asistido espiritualmente por el padre Gracián, quien escribía en la ya citada carta anua de dicho año: «Hase acrecentado lo temporal con la muerte de Nofre Morell, insigne bienhechor desta casa y muy devoto nuestro, que nos ha dejado toda su hacienda, que valdrá pasados los treinta mil escudos, y aun fueran cuarenta mil si no fuera la revolución de los tiempos y alteraciones de Cataluña. Fué Nofre Morell siempre muy ejemplar caballero; congregante muy fervoroso, comulgaba cada fiesta; estando para morir y pidiendo le llamasen al padre vicerrector de esta casa para confesarse, dijéronle algunos que le asistían se confesase con un clérigo seglar, que estaban cerradas las puertas de la ciudad y los rastrillos; él respondió: —Llámenme a los de la Compañía, que pues he vivido toda mi vida con ellos, con ellos quiero morir. Y así le cumplió el Señor sus deseos, asistiéndole de noche y de día los de casa; y estando para expirar decía: —Padre, que no tengo fervor, que no me siento con aquel amor al Señor que yo quisiera. Dió su alma al Señor a 26 de noviembre de 1642, y fué enterrado en nuestra iglesia, en la capilla mayor.»

En su último testamento había dejado toda su hacienda a la casa de probación de Tarragona y el usufructo a su mujer, con

la sola condición de que se obligase a la casa de Tarragona, sin precisar más. Muy pronto cambiaron los sentimientos de Caterina Sabater respecto de la Compañía, y Gracián se mostró con ella demasiado condescendiente: «Embargó su persona, por medio del gobernador de Tarragona, el padre Baltasar Gracián, superior entonces de nuestra casa, hasta que dicha señora diese las fianzas y seguridad a nuestra casa, que según fuero, costumbre y codicilo de su marido debía. Ella supo negociar tan bien, que sin dar fianzas alcanzó el desembargo». Su marido había ya enviado a Barcelona «lo mejor y más rico de sus alhajas»; la viuda pasóse allá, «pidió las escrituras, y se le enviaron las mismas originales con los libros de cambios y tratos de su marido». Los padres de Barcelona le instaron que arreglase las cosas según ley, pero sólo se obtuvo «una escritura privada, que ella y el padre vicerrector de Tarragona firmaron, en la cual ella se obligaba a dar fianzas e integrar el inventario de su marido, y la Compañía a restituirla una poca ropa que al irse a Barcelona dejó depositada en nuestra casa de Tarragona». Gracián, más delicado que atento, le restituyó casi toda la ropa, y ella, en cambio, iba dando razones frívolas para no cumplir con lo que había prometido, al paso que actuaba más como verdadera heredera que como usufructuaria. Por otra parte, si se recurría a la Audiencia de Barcelona, la viuda conseguiría que todos los bienes de su marido fuesen confiscados, por pertenecer a una casa sometida al rey católico, mientras ella seguiría disfrutando del usufructo. Para evitarlo, el padre provincial Martín Pérez y sus consultores propusieron al general, siendo ya rector de Tarragona el padre Cererols, que la casa de Tarragona hiciese una venta simulada de los bienes de Onofre Morell al colegio de Barcelona, y éste se entendiese directamente con la viuda o inmediatamente o por medio de la Audiencia. No consta que el general aprobase este subterfugio, pero sí que, apenas capituló Barcelona en 1652, los bienes de Morell quedaron asegurados a la casa de Tarragona, destinados, según voluntad del testador, a la fábrica de la iglesia; y el general, padre Goswin Nickel, ordenó que en toda la Compañía cada padre ofreciese tres misas y cada hermano rezase tres rosarios por el alma de tan insigne bienhechor.

Gracián llegó a Valencia, pasando por Murviedro, la antigua Sagunto, con una colección de pequeñas antigüedades para su don Vincencio de Lastanosa y para el padre Jerónimo García, que el 21 de diciembre de 1644 envía al cronista Andrés para que se las

remita, junto con sendas cartas a aquellos dos amigos. Alaba como «muy curioso» el opúsculo del propio Andrés, *Monumento de los santos mártires Justo y Pastor en la ciudad de Huesca*, aparecido aquel mismo año en la capital del Alto Aragón. «Dilo al vicario del hospital —añade (19)—, que lo agradeció y estimó grandemente; por solo ver esta librería podría vuestra merced dar una vuelta por acá, y también Murviedro.»

En aquella biblioteca del hospital de Valencia reelaboraría Gracián, al calor de lecturas estimulantes, como solía, sus experiencias personales de Zaragoza y Pamplona, de la corte y de los sitios de Tarragona, que fueron concretándose en *El Discreto*, publicado en Huesca dos años más tarde. Pero en Valencia la principal ocupación de Gracián sería la predicación, ya que hemos de atribuir a este segundo período de Valencia, siendo prepósito de la casa profesa el aragonés padre Domingo Langa, el episodio de la carta del infierno.

Lo conocemos sólo por testimonio de dos adversarios. El primero es el de Matheu y Sanz, en el libelo *Crítica de reflexión*, publicado en Valencia el año 1658, y compuesto muy probablemente con la cooperación del padre Pablo de Rajas. Este no se hallaba entonces en la casa profesa. Era rector del colegio de Segorbe. Pero al regresar a Valencia pudo enterarse de lo acontecido, quizá por el padre Francisco de Caspe, poco amigo de Gracián. El párrafo de Matheu es algo sibilítico. Dice así, defendiendo a los valencianos de las inculpaciones de Gracián: «Cúlpasnos de porfiados en dos partes, y no se compadece con habernos tratado de fáciles y crédulos, que el que cree no disputa, y el fácil no porfía. Nuestra credulidad no es tanta que los embustes nos cieguen, ni nuestra facilidad tan grande que la hipocresía nos engañe. Tú mismo lo has experimentado cuando intentaste dar a entender que tenías correspondiente en el reino de Plutón, y que habías de leer una carta que te trajo la estafeta de Aqueronte. Si, porque lo supieron los censores y mandaron que en el público concurso confesases el embeleco, te persuades que somos amigos de contradecir, vuelva la verdad por nosotros, y explica tú el enigma, y verás con cuánta razón se dispuso». Donde «los censores» tanto pueden ser las autoridades eclesiásticas o civiles, que le obligaron quizá a confesar «el embeleco» ante el mismo público que lo había escu-

(19) COSTER, ap. I, núm. XIII; cf. núm. X.

chado; como sus superiores religiosos, que se limitaron tal vez a hacerle manifestar públicamente su culpa en el refectorio delante de la comunidad, según el uso muy frecuente entonces en la Compañía.

El segundo testimonio es de Juan Bautista de Valda en su opúsculo *Solenes fiestas que celebró Valencia a la Inmaculada Concepción*, publicado también en Valencia el año 1663, donde escribe, en defensa de su ciudad y reino: «Es, pues, el caso que, antes que este autor escribiera estos libros, vino a Valencia. Quiso en cierta acción pública (por veneración no lo declaro más) ser aclamado. Llamó a ella con exageraciones, ofreciendo romper la nema públicamente a una carta original del infierno; y llamó al vulgo con ellas, que con otros no pasara la patarata. Viéronle la carta, conociéronle el juego, y perdió al primer envite el resto de su caudal; conque sin él hubo de retirarse, y desde entonces, por esta mal admitida partida del infierno, se dió a las furias siempre que se acordaba de Valencia». Que de sola esa anécdota intrascendente naciese su grande pasión antivalenciana, hay que descartarlo en absoluto: ésta procedía de un contraste racial entre el hombre de tierras altas y los meridionales valencianos, que estallaba en las predilecciones personales de aquél por el barroco conceptual y agudo, y en el riente barroco valenciano, centrado en la pompa y en la maravilla. Gracián quiso imitarlo, y no le salió la treta, por exceso.

Ese texto de Valda permite apurar algo la fecha del sermón del infierno: tal vez aquella «cierta acción pública», mentada en un libro sobre las fiestas de la Concepción de 1662, que le sugieren el recuerdo de Gracián, sería un día de la Inmaculada; quizá el 8 de diciembre de 1644, pues sabemos con certeza que en aquel mes se hallaba el aragonés en Valencia procedente de Tarragona. Valda sólo afirma que el picante suceso tuvo lugar antes de la aparición de *El Criticón*, pero Matheu nos describe un Gracián tan avejentado, que forzosamente ha de referirse a esta segunda estancia suya en Valencia, y no a la primera, cuando era un joven padre de tercera probación —fuera de que un asunto tan terrorífico, no en un sermón de misión o de cuaresma, sino en una ocasión señalada, cuadra más a aquellos años de guerras, pestes y hambres, que no a 1630 ó 1631.

Matheu y Sanz, parodia el retrato del maldiciente Momo en *El Criticón*, de donde son todos los rasgos que atribuye a Gracián.

menos los que subrayo: «Es un hombrecillo tan nonada, que aun de ruín jamás se ve hartó; tiene la cara de pocos amigos, y a todos la tuerce; mal gesto y peor parecer; los ojos (*aunque los trae con viriles*) más asquerosos que los de un médico, y sea de cámara; brazos de acribador, que se queda con la basura; de puro flaco, consumido, que todo lo muerde; robado de color, aunque le quita a todo lo bueno; su hablar es zumbir de moscón; nariz de sátiro, y aún más fisgona; espalda doble; aliento insufrible, señal de entrañas gastadas; toma de ojo todo lo bueno y hinca el diente en todo lo malo; tiene *perversa* vista, y, con no tener cosa buena en sí, todo lo halla malo en los otros».

Claro está que esa parodia, más que por lo que repite, vale por lo que añade —vista no sólo mala, sino perversa, tanto que le obligaba a usar ya anteojos, aquel artefacto que afeaba al conde de Oropesa en la entrada de Felipe IV en Zaragoza— y por lo que omite: flaco y consumido sí, pero no le pinta con «carrillos de catalán, y aún más chupados, que no sólo no come a dos, pero a ninguno»; no se atreve a decir que, como el moscón, «en las lindas manos, despreciando el nácar y la nieve, se asienta en el venino» o grano maligno, ni a poner en su boca la maldición de Momo, que «decía: ¡Maldito lo que veo!, y miraba a todos».

En resumen, los rasgos más verídicos parecen ser la mala vista, consumida por la mucha lectura, y la estatura pequeña, que se confirma por el asentimiento con que él mismo recuerda el refrán popular: «Hombre largo, pocas veces sabio», y por sus pullas contra los navarros, que él juzgaba «corpulentos, sin sustancia» (20).

A pesar de la querella suscitada por el sermón del infierno, Gracián permaneció todavía algún tiempo en Valencia. El 25 de junio de 1645 se hallaba presente en la apertura de la congregación provincial, convocada para designar a los electores de la provincia que habían de acompañar al provincial a Roma para la congregación general que debía designar el sucesor del padre Muzio Vitelleschi, fallecido el 9 de febrero. El elegido será el padre Vincenzo Carrafa. El catálogo trienal compuesto con ocasión de la congregación provincial, nos asegura que Gracián se hallaba entonces adscrito a aquella casa profesa, en la que sólo había cinco aragoneses —contando al prepósito padre Langa y a Gracián—.

(20) Cf. *El Crítico*, II, 11; III, 4.

un navarro —el padre Cristóbal de Vega— y once valencianos, algunos tan «nacionales» como los padres Francisco de Caspe y Vicente Arcaina. En estos años completaría sus observaciones, ya comenzadas en 1630-31, que luego ironizará, con maliciosa sonrisa, en la segunda parte de *El Criticón*.

Habiendo comprobado hasta ahora que Gracián se hallaba siempre presente en las ciudades donde se estampaban sus libros, para urgir su impresión y corregir sus pruebas —estaba en Huesca cuando se imprimía *El Héroe*, en 1637 y 1639; en Zaragoza cuando *El Político*, en 1640; en Madrid cuando el *Arte de ingenio*, en 1642—, podemos muy bien sospechar que Gracián sería trasladado de Valencia a Huesca en el verano de 1646, para tener tiempo de dar la última mano a *El Discreto* en el estudio de Lastanosa y poder darlo ya al público en el verano de 1646, tanto más que la aprobación del canónigo Salinas está fechada a los 30 de enero de aquel mismo año. La edición hubo de hacerse con rapidez, pues en la obra se cita ya como difunta a la condesa de Aranda, muerta el 2 de julio de aquel año, mientras va dedicada al príncipe don Baltasar Carlos, que el 9 de octubre se llevaba al sepulcro, en Zaragoza, las esperanzas, tal vez excesivas, de su padre Felipe IV y de un gran número de españoles, Gracián entre ellos. Ni en esta dedicatoria —de la pluma de Gracián, aunque la firme Lastanosa—, ni en *El Político* —donde se contenta con jugar con las vocales de su nombre, Baltasar Carlos, «que dan principio a todas las cuatro partes del mundo, en presagio de que su monarquía y su fama han de ocuparlas todas»— el padre Gracián alude a ocasión alguna en que lo hubiera visto personalmente. Y esto nos confirma que no se hallaba ya en Valencia en noviembre-diciembre de 1645, cuando Baltasar Carlos fué jurado como príncipe heredero del reino, como poco antes, en septiembre, lo había sido del de Aragón.

Apenas publicado *El Discreto*, Gracián fué destinado como capellán castrense al ejército del marqués de Leganés, que se dirigía a socorrer la plaza de Lérida, defendida por don Gregorio de Brito, del sitio que le había puesto el mariscal de la Mothe. El patriarca de las Indias y vicario general castrense acudía en estos casos a los provinciales de las órdenes religiosas, que eran los que designaban a los sujetos más inmediatamente. Gracián, pues, fué designado por el padre Martín Pérez, que conocía perfectamente el espíritu castrense del escritor por su bravo comportamiento en

Tarragona. Otros religiosos tenían que acompañarle en la empresa, pero al fin quedó él sólo.

Desde que el marqués de los Vélez había organizado la guerra en Aragón, se pensó en ganar a Lérida; pero de hecho sólo fué sitiada por don Felipe de Silva —tantas veces recordado por Gracián en la *Agudeza* y en *El Criticón*— por el mes de mayo de 1644, y capituló el 30 de julio, obligándose el rey a respetar sus fueros municipales. Desde entonces quedó en poder de Felipe IV, pues ni el conde de Harcourt en noviembre de 1646, ni el mismo Condé en mayo y junio del siguiente año, consiguieron rendirla.

Gracián nos ha dejado una bellísima relación del hecho de armas del 21 de noviembre de 1646, día de la Purificación de Nuestra Señora. La escribió a un padre sardo, Diego Pinto, residente en el colegio imperial de Madrid, rogándole la diese a conocer al duque de Gandía. Al final de ella, resume modestamente la parte que le cupo como capellán militar: «Y no puedo dejar de decir que yo tuve alguna parte, de modo que ahora todos los soldados, y aun señores, cuando me ven, me llaman el Padre de la Victoria. Dióme el Señor su espíritu aquel día para exhortarles y disponerles, y una voz de clarín. Sea el Señor glorificado por todos, que esto ha sido evidente milagro, porque el enemigo tenía ocho mil infantes y dos mil caballos —y esto es cierto, y lo confiesan todos los prisioneros—, y nosotros no teníamos cinco mil infantes y dos mil caballos; y ellos, fortificados de siete meses, que admira ver lo que han trabajado. Yo no lo hice poco —como he dicho— confesando, ni con poco riesgo de las balas de artillería y mosquete que daban en el escuadrón donde yo estaba exhortando los tercios como iban entrando a pelear. Y así todo lo que depongo es de vista.»

Esta campaña de Lérida permitió a Gracián tratar personalmente con una serie de altos personajes, que luego conmemorará en *El Criticón*, sin contar a don Pablo de Parada, maestre de campo, a quien había ya conocido en Tarragona, de quien Leganés dijo en Lérida: «Al señor Pablo de Parada lo debemos todo», y a quien él dedicará la primera parte de su obra maestra. Allí murió el soldado de fortuna Alonso de Villamayor, que en «La isla de la inmortalidad» hará morder las manos a «algunos grandes señores, al verse excluidos del reino de la fama, y que eran admitidos algunos soldados». Allí conoció al conde de Cas-

trillo, don García López de Haro, hermano del valido don Luis, aquel que, siendo «entendedor», sabía, con todo eso, vivir en este mundo sin reventar. Allí comprobó que Tutavila era de los que peleaban «tan bizarramente». En el socorro de Lérida quedó prendado del «tan valeroso como discreto duque del Infantado», «quien todo es corazón, hasta el mismo escudo, ... aquel gran descendiente del Cid, heredero de su ínclito valor». Y en la «Armería del Valor» hallará y admirará la contera «que echó a su victoriosa espada el marqués de Leganés, derrotando al invencible vencido», es decir, a Henry de Lorraine, conde de Harcourt, «que se acordará bien» de las trincheras de Lérida, «pues ahí perdió el renombre de invencible» (21).

La brillante actuación de Gracián en el socorro de Lérida hubo de ser muy del agrado de su provincial, por la especial amistad que unía a don Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés, con la Compañía. Como miembro del consejo de estado, aun después de la caída de su patrono y pariente el conde-duque, se le comunicaban inmediatamente las noticias de defunciones y nombramientos de los padres generales en 1645 y 1652. Por ello, sin duda, se le permitiría a Gracián retirarse de nuevo a Huesca, su colegio predilecto, donde se hallaba ya el 22 de diciembre de aquel mismo año 1646, y donde permanecerá hasta el verano de 1651.

La guerra de Cataluña seguirá todavía hasta la paz de los Pirineos, en 1659, que sancionará la definitiva pérdida del Rosellón y de la mitad de la Cerdeña. Gracián ya no verá ese día: hubiera sido una fecha aciaga para un hombre que sentía tan en lo íntimo cuanto se refiriese a la antigua corona aragonesa. Pero hasta la víspera de su muerte seguirá en sus mismas entrañas la decadencia de España, de ésa que él cree obra de la política de don Fernando.

Al aparecer el segundo *Criticón*, en 1653, Barcelona había ya capitulado hacía un año, y Felipe IV había respetado en todo, cual si nada hubiera sucedido, la constitución política de Cataluña, como sólo le aconsejara, a su tiempo, el conde de Oñate. Por eso Gracián decía que si Heráclito «hubiera alcanzado estos nuestros tiempos..., sin duda que hubiera llenado cien redomas» de lágrimas. Y aunque don Juan José de Austria iba ya «restaurando la monarquía a corona por año», no dejaba de apellidar «provincias

(21) *Ibid.*, I, 6, 8 y 11; II, 5 y 8; III, 12.

adúlteras» a las que se habían amancebado con «los rufianes» de Francia. Un año antes de su muerte, en la tercera parte de *El Crítico*, todavía se ensañará con el conde-duque, como principal responsable de tantas calamidades, y recordará acciones gloriosas para las armas españolas en una guerra «mal nacida y peor ejercitada», en la que «para restaurar un palmo de tierra no han sido bastantes doce cabos» (22).

MIGUEL BATLLORI, S. I.

R É S U M É

Gracian reçut probablement les premières nouvelles de la révolte de Catalogne quand il se trouvait à Pampelune. Le séjour de Gracian dans la Navarre ne dura que jusqu'aux derniers jours de Septembre ou les premiers jours d'Octobre de 1640. A mesure que les faits de la guerre avancement, Gracian prépare son retour à Saragosse. Nous ne connaissons pas la réaction de Gracian par rapport à tous ces faits. Sa position dans les années qui suivirent fut authentiquement aragonaise; adhésion au souverain, plaintes devant la rébellion de la Catalogne contre le roi catholique et devant son alliance avec la France, mais en même temps un silence sur les causes et les motifs de la rébellion. Ce silence indiquait qu'il désapprouvait la conduite d'Olivares contre la Constitution fédérative de la Couronne aragonaise.

Il fut vice-recteur du Collège des Jésuites à Tarragone et suivit de très près la guerre, jusqu'au jour où il fut envoyé à Valence; sa conduite dans la campagne de Lérida nous montre pourtant son patriotisme.

S U M M A R Y

Probably Gracian had the first news of the Catalonian Rebellion when he was already in Pamplona. He stayed in Navarra only until the last days of September, or the beginning of October 1640. As the events of the war were advancing, Gracian returned to Zaragoza. We do not know his exact reaction with re-

(22) *Ibid.*, II, 2 y 8; III, 10 y 11.

gard to all these events. His attitude in the the coming years was a real "Aragonese" attitude; devotion to the Monarch, complaints about the Catalonian rebellion against the Catholic King and of his alliance with France, but at the same time a silence as to the causes and reasons of the rebellion. This silence meant disapproval of the behaviour of the Conde Duque against the Federal Constitution of the Aragonese Crown.

He was Vice-rector of the Jesuit College in Tarragona, and followed the war very closely until he was moved to Valencia. But his personal opinions remained unchanged and his patriotism was more passionate as shown by his brilliant deeds during the campaign of Lérida.

